

EL CASO CHOPHAM

EDGAR WALLACE

EL CASO CHOPHAM EDGAR WALLACE



<http://www.librodot.com>

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario. Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada esté completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

Los jurisconsultos que escriben libros no gozan, generalmente, de nombre favorable entre sus colegas; pero Archibald Lenton, el más brillante de los abogados penalistas, era una excepción. Llevaba un registro de jurisprudencia y publicaba extractos de vez en cuando. No llegó a publicar sus teorías sobre el caso Chopham, aunque creo que formuló una. A continuación expongo su intervención en el caso, así como la verdad sobre Alphonse o Alfonso Ribera.

Este último tenía un don especial para las mujeres, sobre todo aquellas que no se habían graduado en la mundana escuela de la experiencia. Decía ser español, si bien su pasaporte había sido expedido por una república sudamericana. A veces presentaba tarjetas de visita en las que figuraba la inscripción «Marqués de Ribera», pero esto sólo lo hacía en ocasiones muy especiales.

Era joven, de tez olivácea y facciones impecables, y al sonreír mostraba dos hileras de dientes deslumbrantemente blancos. Consideraba conveniente cambiar su aspecto alguna que otra vez. Por ejemplo: cuando era un compañero de baile por alquiler, agregado al personal de un hotel egipcio, llevaba unas pequeñas patillas que, curiosamente, acentuaban su juventud; en el casino de Enghien, donde por algún medio había conseguido el puesto de crupier, lucía un pequeño bigote negro. Ciertos espectadores de sus numerosas aventuras, serios, sobrios y faltos de imaginación, se asombraban irritadamente de que las mujeres le dirigieran la palabra, pero bien es verdad que es extremadamente difícil para cualquier hombre, incluso un hombre sin imaginación, descubrir cualidades atractivas en los amantes con éxito.

Lo cierto es que las mujeres más insospechadas cedían a su embrujo, para después lamentarlo. Llegó un tiempo en que accedió a un cargo directivo en los establecimientos de juego en que anteriormente había sido el más humilde y relegado de los sirvientes; en que vivía a cuerpo de rey en hoteles donde antes era alquilado a tantas piastras el baile. Refulgían diamantes en su immaculada pechera, lindas manicuristas mimaban sus manos y percibían honorarios superiores a los que las compañeras de baile de otro tiempo le deslizaban tímidamente en la mano.

En los cafetines que abundaban en la zona *démodé* del Sena había ciertos individuos lenguaraces que jugaban interminables partidas de dominó y que constituían sorprendentes centros de noticias. Conocían la vida y milagros de la gente más singular, y no se andaban con pelos en la lengua a la hora de hablar de Alfonso. Podrían hablarlos, aunque sabe el cielo cómo les llegaba la información, de gruesas cartas certificadas que recibía en su piso del Boulevard Haussman. Cartas certificadas repletas de dinero, y cartas desesperadas que venían a decir (en varios idiomas): «No puedo enviarte más. Esto es lo último.» Pero sí enviaban más.

Alfonso había desarrollado un bien organizado negocio. Partía para Londres, o Roma, o Amsterdam, o Viena, o incluso Atenas, llegando a su destino en coche-cama, se hacía conducir al mejor hotel, alquilaba un lujoso juego de habitaciones... y telefoneaba. Generalmente la infortunada dama acudía a la cita bañada en lágrimas, histéricamente furiosa, destilando amargo odio, insultante, pero siempre remunerativa.

Pues cuando Alfonso les leía extractos de las cartas que ellas le habían enviado en los días del Gran Hechizo y les recitaba los haberes de sus maridos hasta la última línea, lira, franco o florín, reconsideraban su decisión de contárselo todo a sus esposos, y Alfonso regresaba a París con su renta.

Éste era el método que aplicaba a la caza mayor; a veces anunciaba su visita mediante una carta discreta, que hacía innecesaria la entrevista. No le inspiraban gran temor los maridos ni los hermanos; la filosofía que había germinado de su experiencia le hacía desdeñar la

naturaleza humana. Pensaba que la mayoría de las personas eran cobardes y sentían miedo por sus vidas, y mayor miedo aún por sus normas. Llevaba dos revólveres plateados, uno en cada bolsillo de la cadera. Tenían el cañón exquisitamente damasquinado y la empuñadura de marfil, tallada a modo de ninfa. Se los había comprado en El Cairo a un hombre que pasaba cocaína desde Viena.

Alfonso tenía unas veinte «clientes» apuntadas en sus libros, y aprovechaba toda oportunidad de incrementar el número. De las veinte, cinco eran minas de oro (así las denominaba en sus pensamientos) y el resto eran minas de plata.

Había una mina de plata residente en Inglaterra, una muchacha cautivadora, de semblante hondamente melancólico, que era feliz en su matrimonio, excepto cuando pensaba en Alfonso. Amaba a su marido y se odiaba a sí misma y a Alfonso intensa e impotentemente. Siendo poseedora de una fortuna propia, podía pagar; y en consecuencia pagaba.

Cierta vez, en un acceso de desesperada rebeldía, escribió: «Esto es lo último, etc.» Esperó hasta septiembre, mes de vencimiento del siguiente pago, pero éste no llegó. Ni en octubre, ni en noviembre. En diciembre él le envió una carta; no deseaba ir a Inglaterra en diciembre, pues Inglaterra estaba sombría y neblinosa, y el tiempo era mucho más agradable en Egipto: pero los negocios eran los negocios.

La carta llegó a su destino cuando la mujer a quien iba dirigida se encontraba disfrutando de una estancia en Long Island, hospedada en casa de una tía suya. Era americana de nacimiento. Al no haber recibido réplica de Alfonso a su carta, se había embarcado para Nueva York sintiéndose segura.

Su marido, cuya inicial coincidía con la de ella, abrió accidentalmente la carta y la leyó con suma atención de principio a fin. No era ningún necio. No desechó como a una basura a la esposa cuyo amor reclamaba: lo que hubiera sucedido antes de su matrimonio era asunto de ella; lo que ahora sucediera era cosa de él.

Comprendió entonces los agitados sueños de ella, sus convulsos e incontrolables accesos de llanto, totalmente inmotivados, y vio el futuro que se le presentaba.

Fue a París a practicar indagaciones; buscó la compañía de los zafios individuos que jugaban al dominó, y oyó muchas cosas interesantes.

Alfonso llegó a Londres y telefoneó desde una cabina. La señora no estaba en casa. Le llegó una carta mecanografiada en la que se le citaba para el miércoles. Era la citación acostumbrada, con la especificación de la hora habitual y el consabido requerimiento de discreción. El asunto discurría por sus cauces normales.

Pasó agradablemente los días de espera. Compró un coche Spanza de último modelo, hizo las disposiciones pertinentes para su transporte a París y, entretanto, se solazó conduciéndolo.

Acudió a la hora convenida, llamó a la puerta de la casa y le fue franqueada la entrada...

Ribera, con el rostro verduoso y las rodillas temblorosas, entregó sus ornamentados revólveres sin resistencia alguna.

La mañana de Navidad, a las ocho, el superintendente Oakington abandonó su cálida cama para atender el teléfono, y le comunicaron la noticia.

Un lechero que conducía su vehículo a través del Ejido de Chopam había visto un automóvil estacionado algo fuera de la carretera. Era al parecer un coche nuevo, y debía de llevar en aquella posición toda la noche. Había siete centímetros y medio de nieve sobre su techo, y debajo del vehículo los helechos estaban verdes.

Una visión arremetida incluso para un lechero que, a las siete de una mañana glacial, no tenía otro pensamiento que el de abastecer a sus clientes lo más rápidamente posible y regresar cuanto antes a su hogar para celebrar la festividad propia de la fecha.

Se apeó de su Ford y avanzó estampando sus pasos en la nieve. Vio a un hombre tumbado boca abajo, cuya grisácea mano derecha asía un revólver de cañón plateado. Estaba muerto. Y entonces el sobrecogido lechero vio al segundo hombre. El rostro de éste estaba invisible: yacía bajo una espesa máscara de nieve que daba a sus yertas facciones un aspecto grotesco y repelente.

El lechero volvió corriendo a su vehículo y se dirigió en el mismo a una delegación de policía.

El señor Oakington se personó en el lugar cuando aún no hacía una hora que habían recibido la llamada. Había una docena de policías agrupados en torno al auto y a las figuras tendidas en la nieve: los reporteros, afortunadamente, no habían llegado.

Ya avanzada la tarde, el superintendente llamó por teléfono al único hombre que podía ayudarle en un momento de desconcierto tan profundo.

Archibald Lenton era el abogado *junior*¹ más prometedor de cuantos pisaban el foro desde hacía años. El Colegio de abogados alza su delicada nariz ante los jurisconsultos que se interesan exclusivamente por los casos criminales. Pero Archie Lenton sobrevivió a la muda desaprobación de sus colegas y concentrándose en este desapacible aspecto de la jurisprudencia, no sólo triunfó como abogado, sino que se convirtió en una autoridad en ciertos tipos de delitos, habiendo escrito sobre los mismos un tratado considerado como básico.

Una hora más tarde se encontraba en el despacho que el superintendente tenía asignado en Scotland Yard, escuchando la historia.

-Hemos identificado a los dos hombres. Uno es extranjero, un hombre de Argentina, según he podido descubrir por su pasaporte, llamado Alphonse o Alfonso Ribera. Residía en París, y llevaba en este país cosa de una semana.

-¿Posición acomodada?

-Muy acomodada, diría yo. Encontramos unas doscientas libras en su bolsillo. Se alojaba en el hotel Nederland, y había comprado un coche de mil doscientas libras este último viernes, al contado. Se trata del auto que encontramos junto al cadáver. He telefoneado a París, y allí sospechan que era un chantajista. La policía ha registrado y sellado su piso, pero no ha encontrado documentos de ningún tipo. Evidentemente, es de esos individuos que guardan sus asuntos bajo el sombrero.

¹ Se denomina *junior* a todo *barrister* (funcionario de la carrera judicial que puede defender públicamente causas en tribunales superiores) que no ha tomado la toga de seda, esto es, que no ha accedido al Consejo Real. Su vestidura distintiva es una toga de paño. (*N. del T.*)

-¿Le dispararon, dice? ¿Cuántas veces?

-Una vez, en la cabeza. Al otro lo mataron exactamente del mismo modo. Había trazas de sangre dentro del coche, pero ningún otro indicio.

El señor Lenton hizo una anotación en un bloc.

-¿Quién era el otro? -preguntó.

-Eso es lo más extraño de todo. Se trata de un viejo conocido de usted.

-¿Mío? ¿Quién demontres?

-¿Se acuerda de Joe Stackett, un tipo a quien defendió en una causa por asesinato?

-¡En Exeter, Dios santo, claro! ¿Era el mismo?

-Lo hemos identificado por las huellas digitales. De hecho, andábamos a la caza de Joe. Era un experto ladrón de coches y sólo hacía una semana que había salido de la cárcel; ayer por la mañana robó un auto y lo abandonó después de ser perseguido por la Brigada Móvil, de cuyos dedos logró escurrirse. Anoche se apoderó de un coche viejo perteneciente a un revendedor, y fue localizado y perseguido. Encontramos el auto abandonado en Tooting. No se le volvió a ver hasta que recogieron su cuerpo en el Ejido de Chopham.

Archie Lenton se arrellanó en su sillón y fijó la mirada en el techo.

-Robó el Spanza. El dueño saltó al estribo y hubo una lucha... -comenzó, pero el superintendente sacudió negativamente la cabeza.

-¿De dónde sacó el revólver? Los delincuentes ingleses no llevan armas de fuego². Y no se trataba de revólveres ordinarios. Plateados, con las culatas de marfil esculpidas en forma de muchachas... Ambos idénticos. Había cincuenta libras en el bolsillo de Joe; tienen números consecutivos a las encontradas en el billeteo de Ribera. Si las hubiera robado habría cogido la suma completa. Joe no se detenía a la hora de asesinar, usted lo sabe, señor Lenton. Mató a aquella vieja de Exeter, aunque salió absuelto. Ribera debió de entregarle las cincuenta...

Sonó el timbre de un teléfono; el superintendente atrajo hacia sí el aparato y se aprestó a la escucha. Después de diez minutos de una conversación que quedó limitada, por lo que a Oakington concernía, a una docena de preguntas breves, éste volvió a su sitio el receptor.

-Uno de mis hombres ha rastreado los movimientos del auto; fue visto estacionado junto a «Greenlawns», una casa de Tooting. Estaba allí a las nueve cuarenta y cinco y fue visto por un cartero. Si se siente usted de humor para pasar la noche de Navidad haciendo una pequeña labor detectivesca, iremos a ver el lugar.

Media hora después llegaron a una casa situada en un vecindario sumamente respetable. Los dos detectives que esperaban su venida habían obtenido las llaves, pero no

² En la autobiografía *People* afirma Wallace: «Hablando en general, el delincuente británico difiere del delincuente de cualquier otra nación. El robo no va acompañado de violencia. El pistolero profesional es desconocido. Cierta vez descubrí que su compinche llevaba un revólver justamente cuando ambos se disponían a dar un golpe interrumpió su labor para propinar a su temerario compañero una severa paliza. La pena de flagelación y las adicionales y duras sentencias aplicadas al ladrón armado han hecho de éste una especie prácticamente a extinguir.» (*N. del T.*)

habían entrado. La casa estaba en venta y permanecía vacía. Era propiedad de dos ancianas solteras que habían puesto el edificio en manos de un agente cuando se trasladaron al campo.

La aparición del coche ante una casa vacía había despertado el interés del cartero. No había visto luz alguna en las ventanas, y pensó que el vehículo pertenecía a uno de los huéspedes de la casa siguiente.

Oakington abrió la puerta y encendió la luz. Cosa curiosa, las viejas damas no habían hecho cortar la corriente, pese a que eran notablemente tacañas. El pasillo estaba desnudo a excepción de una cortina de cuentas que colgaba partida de un arco del techo.

La sala delantera estaba vacía de indicios. Fue en una de las habitaciones traseras donde encontraron rastros del crimen. Había sangre en las tablas del suelo, así como un amontonamiento de cenizas en la rejilla de la chimenea.

-Alguien ha quemado papel... He percibido el olor al entrar en el cuarto -dijo Lenton.

Se arrodilló ante la chimenea y levantó cuidadosamente un puñado de finas cenizas.

-Y éstas han sido removidas hasta tal punto que no hay un trozo chamuscado lo suficientemente grande para contener una palabra -observó.

Examinó las marcas de sangre e hizo un minucioso escrutinio de las paredes. La ventana estaba tapada por un postigo.

-Esto impidió el paso de la luz -dijo- así como la salida del sonido del disparo.

El sargento detective que estaba inspeccionando las otras habitaciones volvió con la noticia de que había sido forzada una ventana de la cocina. Había una huella barrota en la mesa de la cocina, bajo la ventana, y se había hecho un tosco intento de borrarla. A espaldas de la casa se extendía un amplio jardín, y detrás de éste, una parcela. Era fácil entrar en la casa sin llamar la atención.

-Pero si Stackett estaba siendo perseguido por la policía, ¿por qué había de venir aquí? -preguntó Lenton.

-Su auto fue encontrado abandonado a no más de doscientos metros de aquí -explicó Oakington-. Pudo haber entrado en la casa con la esperanza de encontrar algo valioso, y haber sido sorprendido por Ribera.

Archie Lenton rió suavemente.

-Puedo ofrecerle una teoría mejor que ésa -dijo, y pasó la mayor parte de la noche escribiendo cuidadosa y convincentemente, reconstruyendo el crimen hasta en sus más mínimos detalles.

La mencionada exposición se conserva aún en Scotland Yard, y muchos altos cargos la aceptan a pies juntillas.

Sin embargo, algo completamente diferente sucedió la noche de aquel veinticuatro de diciembre...

Las calles estaban resbaladizas y los pasos de tranvías en la misma abominable condición. El humilde cochecito de Stackett resbalaba y patinaba de manera alarmante. Ya se encontraba de mal humor cuando había emprendido su ávida búsqueda: su malestar había ido creciendo hasta alcanzar un grado de furia a medida que transcurría la tarde infructuosamente.

La calle principal del suburbio estaba también atascada; los tranvías se movían con reptante lentitud, haciendo tintinear patéticamente sus campanillas; los vendedores callejeros tenían sus baratillos pegados unos a otros, a ambos lados de la calzada; baratillos rojos y verdes por las guirrnaldas de acebo y los desaparejos ramos de muérdago: había puestos de carne, escandalosos subastadores que sostenían piezas de reses descuartizadas y pregonaban a voz en cuello sus ofertas: puestos de verduras: tenderetes colmados de platos, tazas, platillos, fuentes chillonas y artículos de cristalería que brillaban a los rayos de las potentes lámparas de acetileno...

El coche patinó. Hubo un choque y un grito. La loza produce un alarmante sonido cuando se rompe... Un alarido del dueño del tenderete: Stackett enderezó su vehículo y se abalanzó entre un tranvía y un trolebús...

-¡Eh, oiga!

Hizo girar el volante, casi derribó al policía que acudió a interceptarle el paso y torció por una bocacalle oscura con el pie pegado al acelerador. Viró a la derecha y a la izquierda, y a la derecha otra vez. Se encontró en una larga arteria suburbana, con viviendas monótonamente iguales a cada lado, afiladas en bloques de ladrillos aplanantemente homogéneos, donde hombres, mujeres y niños nacían, vivían, pagaban la renta y morían. Una milla más adelante pasó frente a la entrada del cementerio donde encontraban el descanso que constituía su suprema recompensa por vivir.

El silbido de la policía le había perseguido durante menos de un cuarto de milla. Había pasado a un policía que corría hacia el sonido... De todas maneras, los polizontes traían sin cuidado a Stackett. Parte de su malhumor se le había disipado con el divertido espectáculo ofrecido por el «guindilla» que corría.

Después de detener el ruidoso cochecito a un lado de la calle, se apeó y, volviendo a encender el cigarrillo que tan cuidadosamente había apagado, contempló sombríamente el manchado y abollado guardabarros que temblaba y se agitaba bajo los impulsos del motor...

Por la misma resbaladiza calle vino un motociclista embozado hasta la barbilla, con las gafas de conducir colgándole del cuello. Detuvo su brillante moto junto al policía de servicio y, guardando el equilibrio con un pie apoyado en la barrosa calzada, formuló las preguntas.

-Sí, sargento -contestó el interrogado-, lo he visto. Pasó por allí. De hecho, me disponía a arrestarlo por conducir peligrosamente, pero siguió de largo.

-Es Joe Stackett -afirmó el sargento Kenton, del C.I.D.-. Un tipo de rostro delgado y nariz puntiaguda, ¿no?

El policía de guardia no había alcanzado a ver el rostro a través del parabrisas, pero había visto bien el coche, que describió con precisión.

-Robado del garaje de Elmer. Al menos, Elmer así lo afirmará, si bien lo más probable es que se lo proporcionara. Feo asunto. ¿Qué dirección dice que siguió?

El agente se la indicó. El sargento aceleró su vehículo y se marchó traqueteando por la oscura calle.

Fue una mala suerte para todos, incluido el señor Stackett, que se encontraba al comienzo de su asombrosa aventura.

Después de apagar el motor, continuó su camino a pie. A cosa de setenta y cinco metros se abrió la ancha boca de una calle superior en rango a cuantas había atravesado. Hasta el más gris de los suburbios tiene su West End, y aquella vía pública contaba con villas erguidas en anchurosas fincas; villas bañadas de sosiego, con porches iluminados por faroles de hierro repujado y cristal extrañamente coloreado, con cuadros de césped afeitado y con rosaledas arropadas con esteras, no habiendo dos chalets que se pareciesen. Al otro extremo de la calle vio una luz roja, y el corazón le saltó de alegría. Navidad... Iba a ser Navidad, después de todo, con buena comida, riadas de bebida y otras manifestaciones de felicidad y bienestar peculiarmente atractivas para Joe Stackett.

De pronto vio el coche.

Incluso en la oscuridad parecía tratarse de un auto digno de afanar. Vio a alguien junto al vehículo y se detuvo. Era difícil decir, con aquella penumbra, si la persona que se encontraba junto al coche salía o entraba del mismo. Prestó oído. No percibió ni el golpe de la portezuela del conductor ni el zumbido del arranque. Se acercó ligeramente y siguió avanzando con audacia, moviendo incansablemente los ojos a izquierda y derecha en busca de peligro. Todas las casas estaban ocupadas. Brillantes luces iluminaban los visillos de las ventanas. Oía sonido de jolgorio y de dos gramófonos que emitían aires de baile. Pero sus ojos siempre acababan volviéndose a la flamante *limousine*³ estacionada a la puerta de la última casa. No había luz allí. Estaba completamente oscura, desde el ático de gablete a la planta baja.

Avivó el paso. Era un Spanza. El corazón le brincó al hacer el reconocimiento. Pues un Spanza era un coche de venta inmediata. Se podían obtener hasta cien libras por uno nuevo. Eran populares entre los eurasiáticos e hindúes ricos. Bimky Jones, que era el mejor perista de coches de Londres, le pagaría al contado no menos de sesenta. En el plazo de una semana aquel auto estaría embalado y de camino para la India, para ser allí revendido con un sustancioso beneficio.

La puerta del conductor estaba abierta de par en par. Se oía el suave ronroneo del motor. Se deslizó hasta el asiento del conductor, cerró la puerta silenciosamente, y casi sin un bordoneo el Spanza comenzó a moverse.

Era nuevo, recién salido de fábrica... Cien por lo menos.

Ganando velocidad, llegó al final de la calle, desembocó en un ejido y bordeó éste. Finalmente, se encontró en otra calle comercial, pero sabía demasiado para volverse directamente hacia Londres. Primeramente se internaría en el área rural, daría un rodeo a través de Esher y entraría en Londres por la carretera de Portsmouth. El arte de robar automóviles estriba en trasladarse lo más rápidamente posible del distrito policial donde el vehículo es sustraído y puede presentarse inmediatamente la denuncia de su desaparición, a un distrito forastero que no tendrá noticia del robo hasta horas después. Podría haber todo tipo de beneficios extras. Había detrás un gran portaequipajes, y posiblemente algunas chucherías en los asientos. Ya haría en su momento un registro paciente. Por el presente tomó el rumbo de Epsom, a cuyo efecto se desvió por la carretera de circunvalación de Kingston. Cellisqueaba. Puso en funcionamiento el limpiaparabrisas y empezó a tararear una

³ Automóvil lujoso, de gran capacidad interior, que recuerda a las modernas furgonetas (de aquí la sinonimia actual entre «limusina» y «furgoneta»): estaba provisto de separación entre el conductor y los pasajeros. (*N. del T.*)

cancioncilla. La desviación de Kingston estaba desierta. Era una noche demasiado desapacible para el tráfico.

El señor Stackett estaba deliberando cuál sería el lugar más adecuado para practicar su registro cuando sintió un desagradable tirón en la espalda. Había advertido la existencia de una ventanilla corrediza que separaba el espacio del conductor del de los pasajeros. Tal vez ésta se había desajustado. Levantó la mano para ajustarla.

-¡Siga conduciendo sin volverse o le volaré la cabeza!

Había vuelto involuntariamente la cabeza, viendo la dilatada boca de un revólver, y debido a su agitación puso el pie en el freno. El auto patinó de un lado a otro de la carretera, medio volcándose, y recuperó la estabilidad.

-Siga conduciendo, le digo -dijo una voz metálica-. Cuando llegue a la carretera de Portsmouth tome la desviación de Weybridge. Si intenta detenerse le descerraré un tiro. ¿Está claro?

A Joe Stackett le castañeteaban los dientes. No logró articular el «sí». Todo cuanto pudo hacer fue asentir con la cabeza. Continuó asintiendo con ella durante más de medio kilómetro antes de darse cuenta de lo que hacía.

Ninguna nueva palabra vino de la parte trasera del auto hasta que dejaron atrás el hipódromo; entonces, inesperadamente, la voz dio una nueva dirección.

-Tuerza a la izquierda, hacia Leatherhead.

El conductor obedeció.

Llegaron a un descampado. Stackett, que conocía bien aquellos parajes, advirtió al punto la completa soledad del lugar.

-Aminore la velocidad, desvíese a la izquierda... Ahí no hay declive. Puede encender las luces.

El auto desbarró y avanzó a tumbos por el desigual terreno, haciendo crujir los frondes...

-Pare.

La portezuela situada tras él se abrió. El desconocido se apeó y abrió de un tirón la puerta del conductor.

-Baje -dijo-. Apague las luces. ¿Tiene pistola?

-¿Pistola? ¿Por qué demonios voy a tener pistola? -tartajeó el ladrón de coches.

Estaba siendo enfocado por una linterna que el otro había vuelto hacia él.

-Es usted una manifestación de la Providencia.

Stackett no alcanzaba a ver el rostro del hablante. Veía únicamente el revólver de su mano, pues el desconocido mantenía la faz bien apartada de la luz.

-Mire dentro del coche.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

